

Sandino y Goliat. Inédito en México*

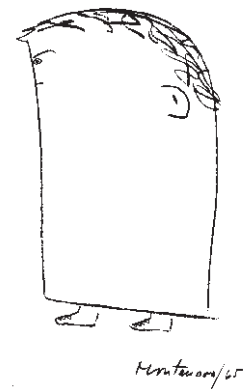
Gilberto Owen

► Plutarco, y ya no recuerdo en qué página, comentaba la desgracia tremenda del caudillo que es odiado por un Estado en el que florecen la elocuencia y la poesía. Acaso llegue a la posteridad, si su estatura no permite el escamoteo histórico, pero llegará empequeñecido, envilecido, destrozado. Es fácil comprobar esta observación con el más somero repaso de lo que la historia romana nos cuenta de todos los caudillos libertadores, Viriato, Catilina, Espartaco; con lo que la Iglesia afirma de los reformadores heréticos medioevales, con cien ejemplos más.

Correlativamente, podríamos compadecer el infortunio del hombre amado por un Estado en el que elocuencia y poesía son inferiores, a ras de lugar común, de dramática torpeza y de coraica solemnidad; del hombre a quien ama un pueblo en el que la seria valorización no es la disciplina más en boga. Augusto C. Sandino parece irremediablemente condenado a este segundo círculo, pues que en el primero no pudo incluirle ni la constante asiduidad de la literatura oficial de la Casa Blanca, prodigándole un título de bandido que no tomó nunca en serio ningún espíritu de significación del Imperio Norteamericano, apenas coreado por reporteros menores.

En cambio le vemos desaparecer, agobiado, bajo el torrente tropical y arrasador de apologías exageradas que sobre él diluvian los que con razón le aman, pero cantando de él irrazonablemente. “Calumnias, que algo queda”, dicen los otros; pero mayor catástrofe es un elogio abrumador que por reacción hará luego negar hasta el elogio justo.

* *El Tiempo*, 30/ene/1933, p. 4 (transcripción literal).

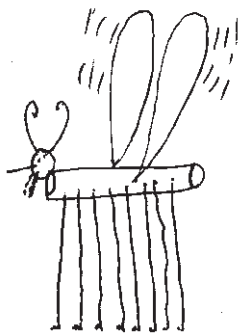


Implacablemente perseguido por el amor de la América Hispana, Sandino desaparece más injustamente que cuando Washington le reducía a la última guarida de su selva nicaragüense.

Desde Gabriela Mistral (“Nicaragua ya dio a Rubén Darío y a Sandino. Sólo faltó que hubiera nacido ahí el Libertador Simón Bolívar”), suave e ingenua y mal aconsejada, según lo confiesa, por el tradicionalmente infalible don Francisco (García Calderón), desde su grave voz continental, hasta la desordenada y local del señor Alemán Bolaños, que pide el bronce de las estatuas de Bolívar y San Martín y Sucre e Hidalgo y Martí para hacer la de Sandino, el implacable amor de sus cantores persigue ensañadamente a este hombre sincero, obcecado y de buena fe, que si no logró a repetidos golpes de honda derribar al coloso, sí le hizo desesperar y marcharse a casa, lo que virtualmente acaso sea lo mismo.

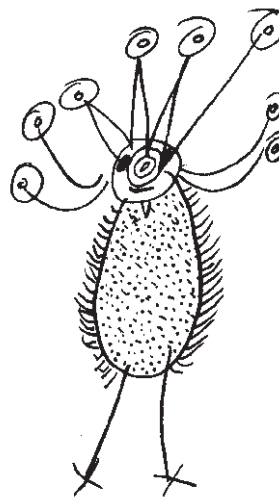
Pensamos todo esto al abrimos paso, trabajosamente, por entre la prosa tropical y silvestre del señor G. Alemán Bolaños, cuyo libro sobre Sandino, indudablemente rico en datos sobre la vida del héroe, acabamos de traducir de su español al nuestro. Y al trabajar en esto recordábamos nuestras conversaciones con Carleton Beals, que hiciera una excursión a las Segovias invitado por el gran guerrillero, y que, sin perderse en lo pintoresco como le sucediera en México (por más que le llenara los ojos sinceros), había podido descubrir certeramente a su personaje y





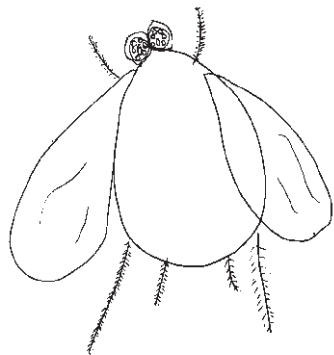
a su hombre; y recordábamos nuestras conversaciones con el poeta Petrovitch —asesinado últimamente por el gobierno de Sánchez Cerro, que le enviara al osario de Madre de Dios— que sabía anécdotas y gestos y, sobre todo, había seguido fielmente las reacciones psicológicas del trabajador de la Huasteca Mexicana que fue creciendo a figura continental; y nos lamentábamos de que ninguno de los dos, contra la conveniencia que les exponíamos de limpiar la figura del general Sandino de una hojarasca lírica que le cubría, haya hasta ahora escrito el libro que deseamos nosotros y que el sujeto merece.

Sandino sale indudablemente mal librado de nuestra lectura de este libro. Al lado de la alabanza homérica buscamos la hazaña de Áyax que la justifique, y casi siempre quedamos defraudados; y es que el valor heroico del personaje estriba más en el tiempo que llena su actitud, hecha de constancia rebelde, que en el espacio y magnitud que alcanzan a llenar sus hechos. El de las Segovias es un Héroe cotidiano, modesto, héroe de la constancia, un poco a la manera de nuestro Benito Juárez, con una fe similar y una visión meramente nacional por meta. Sale como Juárez de la más humilde clase social y se jacta de ello; tiene menos oportunidades que él de procurarse una educación siquiera rudimentaria; a los 20 años es un hábil mecánico; tiene un incidente personal con el cacique de su pueblo, que le obliga a salir del país; vive en Honduras por algún tiempo, y se va a México, a trabajar en una compañía de petróleo yanquí. Es el auge de la región petrolífera; a cada día se descubren nuevos y más ricos veneros de oro negro; se pagan salarios que parecen fabulosos a los pobres trabajadores; al salir de una larga y dolorosa revolución de diez años que parecía dejar al país en la miseria más absoluta, México se saca la lotería del petróleo; y llega el yanquí y le compra el billete con un descuento del noventa y nueve por ciento; pero en las alcancías de barro que la alfarería popular fabrica, el cobre suena a oro, y el centavo tiene valor de dólar en las manos humildes de los obreros. Sin embargo, bien pronto se empieza a descubrir el fraude; la revolución tiene una conciencia llamada Obregón que no quiere abandonar el patrimonio nacional a la rapacidad de Wall Street; las guardias blancas de las compañías petroleras han asesinado demasiados trabajadores para



que con éstos no nazca también una conciencia y una actitud de defensa; viene la legislación mexicana sobre el subsuelo, que obliga a los magnates norteamericanos a abandonar el filón y trasladar sus operaciones a Venezuela; hacia 1926 el trabajo en la región escasea; mientras tanto, las atrocidades cometidas por los invasores yanquis son tan numerosas que empiezan a conocerse en México y en el mundo, a pesar de la censura que naturalmente establecen las empresas de informaciones cablegráficas.

Sandino, en 1926, de 31 años de edad, ha sentido de cerca, como trabajador en México, lo que sus hermanos de Nicaragua sufrían con un dominio más directo y absoluto del explotador imperialista; ya no le detiene en la Huasteca la perspectiva de un trabajo futuro y bien remunerado relativamente; vuelve los ojos a su tierra: “quise creer, dice, que en Nicaragua todo se había vuelto oprobio”; piensa que “si en Nicaragua hubiera cien hombres que la amaran tanto como él, la nación restauraría su soberanía absoluta”; a buscar esos cien compañeros llega Sandino a Nicaragua; se une a un grupo de mineros y empieza a hablarles de lo que en México ha visto, de cómo sufrían los trabajadores en dura opresión, de cómo se habían rebelado y de sus conquistas: salarios humanos, igualdad con el patrón ante la ley, jornada de ocho horas de trabajo, atención médica [y] escuelas; y aquellos mineros carecían precisamente de todo aquello, y el salario devengado no se les pagaba en efectivo, sino en



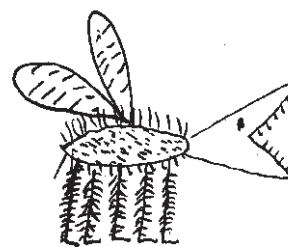
cupones con valor sólo en los almacenes de la empresa; y fue fértil así el terreno sembrado, y en octubre de 1926 un grupo de hombres, con las pocas armas que trescientos dólares ahorrados por Sandino pudieron comprar, inició la modesta, dolorosa y obstinada campaña que ha venido a coronar la desocupación de Nicaragua por las fuerzas norteamericanas.

Es larga y llena de reveses la pequeña epopeya; hay que luchar primero con la traición dentro de casa, Chamorro, Sacasa, Moncada. Luego el ejército yanqui se va multiplicando poco a poco, y las deserciones empiezan en el campo sandinista, que queda reducido a un puñado de hombres remontados en la serranía, bajo el terror de grandes pájaros de hierro que quieren exterminarlos como alimañas; pero de la derrota saca fuerzas, más que del triunfo, este obrero infatigable de la libertad; a su campamento llegan hombres jóvenes de todos los países de América, sus lugartenientes son mexicanos, salvadoreños, colombianos; Goliat se irrita, le ciega la cólera, manda más y más soldados a batir a aquel hombrecillo impertinente, hábil en la emboscada. Inasible en su caballo de azogue, de azogue vestido él mismo. Lo buscan en la sierra y aparece en el poblado, arrasando todo lo que de los invasores en-



cuentran a su paso. Y más irrita que no merezca el ser llamado bandido, porque si algunas veces quema propiedades del Imperio, respeta en cambio las vidas y los hogares de los nativos, en tanto que los invasores, reclutados entre la canalla, en el hampa de los Estados Unidos, se entregan a toda clase de excesos y crímenes.

Hay una pausa en la lucha; Sandino vuelve a México: ya no es el obrero oscuro de cuatro años antes; Centro América admira en él a su hombre representativo; la curiosidad periodística yanqui le espía en todos sus gestos y ademanes. A él le parece natural lo que ha hecho, y no entiende que se le crea un ser extraordinario; no pide nada para sí; se oculta todo lo que puede; cuando se reúne con sus compañeros a planear campañas futuras, César Falcón no acierta a descubrir, por la apariencia física o el tono de la voz, quién de todos es Sandino; cuando le conoce, no encuentra en él rasgo alguno característico que permita una caricatura: “De baja estatura (sin que tengamos que alargar la vista hasta el suelo, para verle) delgado sin ser flaco, nervudo, diríase que todo es músculos. Su rostro es seco, duro, desteñido; uno de esos trapos que se han secado mucho al sol; pudiéramos decir que la intemperie en que le han obligado a vivir los aviones yanquis, le ha desteñido el rostro. Sus ojos no dicen nada, dijérase que



nunca han visto nada. No sabe sonreír, aunque ríe a menudo: es entonces cuando sus ojos adquieren cierto brillo, pero su cara se queda seria; solamente su boca se ríe; diríase que su risa no se ríe; esto no es trágico, pero es muy incómodo. Sandino, personalmente no es feo; no es antipático, es solamente anodino, extraordinariamente parecido a los demás”.

Este esbozo de su apariencia física correspondería demasiado al retrato que de su realidad moral y cultural me hacía el secretario suyo que al principio he nombrado; pero habría que aumentar un solo rasgo característico, como una nariz muy larga o una barbilla muy pronunciada, y es su irreductible voluntad de sacrificio, su obcecada fe en su misión trascendental que en 1926 se había impuesto; lo demás, sus coqueteos con ideologías políticas continentales, sus ribetes de izquierdismo, su improvisación en caudillo de clase, son visiblemente afeites que no corresponden a la realidad de su rostro.

Pero ya esa larga nariz o esa barbilla borbónica que en lo moral se le descubre, y el éxito que ahora parece coronar sus esfuerzos, hacen de él uno de los rostros de América más dignos de la estatua que se ha estado trabajando, durante siete años; ya su postura es lo más heroico y lo más preñado de símbolos en la dura lucha que venimos avivando todos los hombres de la América Hispana. ~